LO QUE NO DICE LA O. C. D. E

Por Nemesio FERNANDEZ-CUESTA

Ayer se hizo público el informe de la O.C.D.E. sobre España. No es mi propósito comentario. Sólo subrayaré la alusión a las inseguridades, principalmente de naturaleza extraeconómica, que condicionan las previsiones, y al peligro, no pequeño, citado asimismo por la O.C.D.E., de una aceleración de la inflación.

Todo el mundo sabe que estos informes anuales tratan de negociarse para limar al máximo las aristas excesivamente críticas. Nadie niega la seriedad y la solvencia de las conclusiones de los expertos de la O.C.D.E. al someter a examen la evolución de las economías de los países miembros. Pero tampoco nadie desconoce los esfuerzos de las autoridades nacionales por sonrosar los posibles pronunciamientos más negativos, dada la valoración política de los informes, dentro y fuera de las fronteras. Si este año no se ha intentado habrá sido un error.

Incertidumbres políticas, económicas y sociales. He ahí algo que excede del campo de la política económica. Hemos aseverado todos que nuestros problemas son políticos. Son necesarios cambios institucionales profundos. El Gobierno para ejercer su autoridad sobre la economía debe poder ejercerla sobre las demás parcelas de la vida nacional. Ya se resolverán las cuestiones económicas cuando las reformas políticas se hayan consumado.

Estos planteamientos encerrarían evidente lógica, si no estuvieran amenazados por la presión de una realidad socio-económica, que vivimos todos, de la que hablamos todos, pero que oficialmente no parece preocupar con el mismo acuciamiento. Los precios serán una resultante, un efecto y no una causa, pero si no atajamos la inflación cualquier política económica se construirá sobre arenas movedizas. Esto tenemos que metérselo en la cabeza. Si el índice del coste de la vida crece un 20 por 100 en 1976, con una reactivación que pulsa aún modestamente, no hay otra posibilidad que la de la cirugía económica.

Los economistas se enfrentan con un problema nuevo. Antes, con el auge los precios subían; con la depresión, los precios bajaban. Ahora, crecen más y más, aunque la recesión avance. La «estancia-

ción», es decir, la combinación estancamiento e inflación, requiere una terapéutica diferente que aún no cuenta con recetas eficaces. Los economistas afirman que están desarmados y que la política les enreda impidiéndoles actuar. Los políticos piensan que no van a suicidarse aplicando enérgicas estabilizaciones por muy necesarias que sean.

Lo malo es que cuando la gestión es incoherente y blanda, cuando los afanes políticos no dejan tiempo al quehacer económico, la situación se deteriora progresivamente hasta convertirse en un factor político de primera magnitud. Desde luego el encarecimiento galopante de la vida y la persistencia del paro no constituyen la mejor fórmula para ganar unas elecciones. Posiblemente lo sepa el Gobierno, pero también la oposición.

De nada sirve alegar la falta de representatividad del índice del coste de la vida. Es pobre argumento y sobre todo inútil cuando hemos encadenado sus variaciones a los aumentos salariales, tanto por los convenios colectivos como por la Ley de Relaciones Laborales. Creo que el nuevo índice, basado en la actualización de la base de los gastos de consumo familiares, que hoy se remonta a 1964, tendrá todavía alteraciones más fluidas, al dar más significación a los «servicios», siempre más caros —por intervenir más el factor humano— a medida que las economías se desarrollan.

La política económica no ha de gravitar exclusivamente sobre el índice del coste de la vida. No harían falta ministros, sino ordenadores electrónicos. Desdeñarlo, sin embargo, es una imprudencia que pasa siempre su factura. La lucha diaria y encarnizada por cada décima o centésima tendrá o no profundo sentido, pero es imprescindible, cuando el índice del coste de la vida, por poco representativo que sea, es el detonante de la espiral precios y salarios. Cuando los productos cuestan más caros en el interior de un país, más tarde o más temprano cuestan más caras también las divisas extranjeras. Hagamos política sin dar la espalda al pragmatismo, sin olvidar que, como Dios, también está entre los pucheros.

Todo esto es lo que no dice el informe de la O.C.D.E.—N. F.-C.